

ARTE Y LETRAS



Tomo II Núm. 4.

++

Director: Pelayo Vizuete.

++

27 Enero 1901.



VALENCIA.—Las torres de Cuarte.

Biblioteca Nacional de España



EL VIÁTICO

Anochecía cuando el barón de Olaiz subió á su carruaje, que le aguardaba frente á la puerta del Casino.

Pensando en la deliciosa aventura de que iba á ser protagonista un cuarto de hora después, reclinóse indolentemente en los almohadones que amortiguaban el movimiento de la berlina, ya muy atenuado por los aros de goma de las ruedas.

De repente hirió los oídos del aristócrata el triste tañer de la campanilla del viático. Siempre es desagradable este tintineo que hace pensar en la muerte; pero mucho más había de serlo para el barón, que ya no era un joven y, sin embargo, se consideraba en la plenitud de la vida, á juzgar por la expresión alegre y satisfecha de su semblante.

Aquella voz metálica de otro mundo que venía á romper sus pensamientos, impresionóle profundamente, quizá por el vigoroso contraste que ofrecía con los sueños de felicidad que en aquel instante acariciaba su imaginación.

Instintivamente, sin darse cuenta del motivo que determinaba aquel impulso, el barón hizo parar el carruaje, y el sacerdote, portador de la Sagrada Forma, creyendo que se le ofrecía para llevar á Dios dignamente, dirigióse hacia él. Recordó entonces el barón esta piadosísima costumbre y se apresuró á bajar de la berlina, conservando la portezuela abierta y descubriéndose. Entró el cura en el carruaje; el sacristán, con el farol en una mano, la caldereta y el hisopo en la otra, púsose á la de-

recha; un feligrés ofreció al barón un cirio encendido y, siguiendo al que tocaba la campanilla, el cortejo continuó su marcha, á la luz de las velas, cuyo siniestro resplandor, confundido con el tinte violáceo del crepúsculo, iluminaba de extraño modo toda la calle, empalideciendo los rostros de los transeuntes que al paso de la comitiva se arrodillaban, y reflejando en las fachadas, cuyos balcones se entreabrían para descubrir figuras de mujer que, con una luz en la mano, asomaban el rostro haciendo la señal de la cruz.

Era la primera vez en su vida que el barón acompañaba al viático. Ni creyente ni descreído, no pensó jamás en cosas de Iglesia, y antes que la piedad revelándose en aquel momento solemne, debió determinar el acto que realizaba en aquel instante la circunstancia puramente casual antes indicada.

Pero aquel místico aparato, en cuya severidad se fijaba por primera vez; la triste comitiva de que él formaba parte; la proximidad de la muerte que iba á presenciar; el acto solemnísimo de que iba á ser testigo, en contraste furioso con las ideas que poco antes ocuparan su mente, hiciéronle pensar en lo que nunca había pensado: en las cosas divinas y en la misteriosa relación que tienen con las cosas humanas.

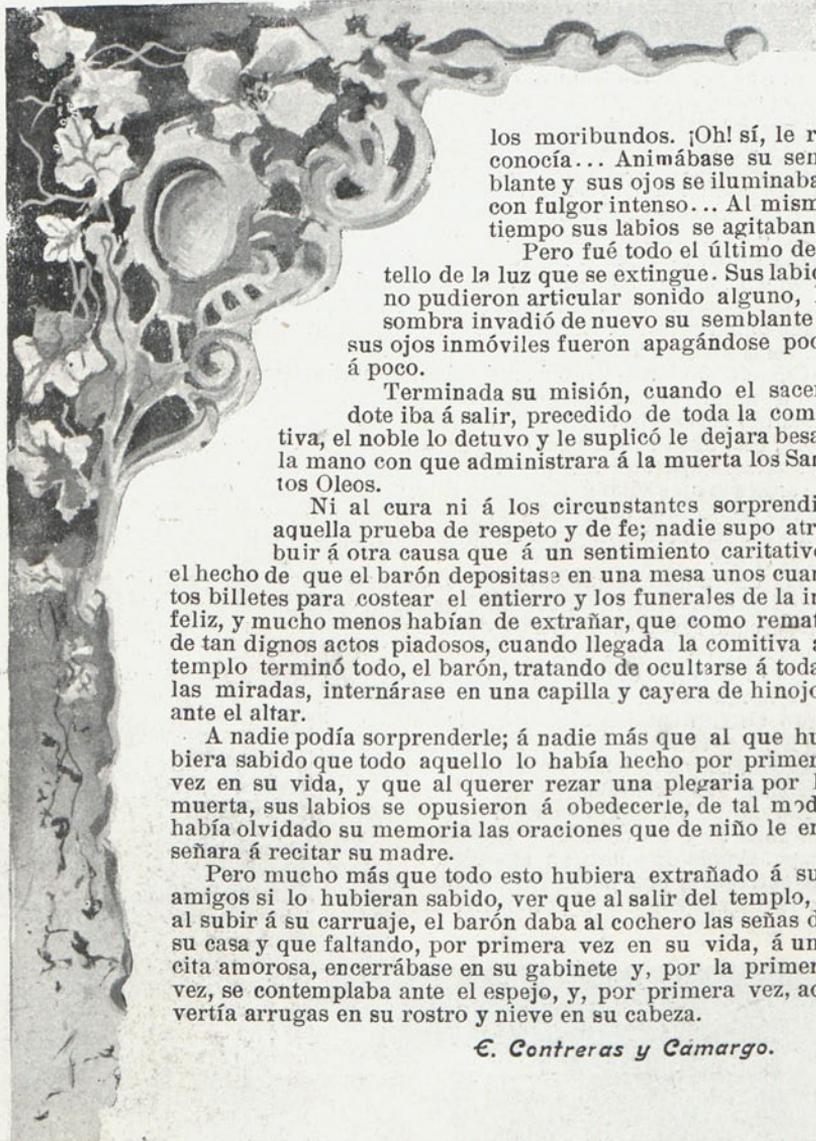
Cuando el viático llegó á su destino, el barón, ignorante de su deber y temeroso de una irreverencia, creyó lo más prudente continuar con la comitiva, y con ella subió las escaleras hasta el último piso. Entraron todos en una estancia pobre, que tenía más aspecto de guardilla trastera que de cuarto habitable, y cuya mísera apariencia le produjo una impresión tan penosa como el cuadro que ante sus ojos vino á ofrecerse. El sacerdote, con el copón en alto, y acompañado del satélite del farol y el hisopo, avanzó por en medio de la doble fila de los que alumbraban y que, siguiendo al cura, entraron en la alcoba y rodearon el lecho.

Era una mujer la que lo ocupaba, en cuyo rostro descarnado la pátina de los dolores no permitía descubrir fácilmente la edad. Pero que era más joven de lo que parecía, revelávanlo ciertos detalles: el cabello negrísimo que coronaba una frente muy tersa, caía sobre la almohada por ambos lados; la finura de la piel, exenta de arrugas que marca el tiempo; el dibujo irreprochable de los labios...

La actitud de la moribunda era de profundo abatimiento; notábase que la naturaleza habíase rendido á discreción; tenía los ojos cerrados y sobre las ropas del lecho dibujábanse sus manos crispadas.

Así que el barón fijó su vista en ella quedóse absorto y un escalofrío estremeció su cuerpo. Creció de punto su ansiedad al ver que entreabría sus párpados lentamente y que le miraba con esa fijeza inexpresiva de





los moribundos. ¡Oh! sí, le reconocía... Animábase su semblante y sus ojos se iluminaban con fulgor intenso... Al mismo tiempo sus labios se agitaban...

Pero fué todo el último destello de la luz que se extingue. Sus labios no pudieron articular sonido alguno, la sombra invadió de nuevo su semblante y sus ojos inmóviles fueron apagándose poco á poco.

Terminada su misión, cuando el sacerdote iba á salir, precedido de toda la comitiva, el noble lo detuvo y le suplicó le dejara besar la mano con que administrara á la muerta los Santos Oleos.

Ni al cura ni á los circunstantes sorprendió aquella prueba de respeto y de fe; nadie supo atribuir á otra causa que á un sentimiento caritativo, el hecho de que el barón depositase en una mesa unos cuantos billetes para costear el entierro y los funerales de la infeliz, y mucho menos habían de extrañar, que como remate de tan dignos actos piadosos, cuando llegada la comitiva al templo terminó todo, el barón, tratando de ocultarse á todas las miradas, internárase en una capilla y cayera de hinojos ante el altar.

A nadie podía sorprenderle; á nadie más que al que hubiera sabido que todo aquello lo había hecho por primera vez en su vida, y que al querer rezar una plegaria por la muerta, sus labios se opusieron á obedecerle, de tal modo había olvidado su memoria las oraciones que de niño le enseñara á recitar su madre.

Pero mucho más que todo esto hubiera extrañado á sus amigos si lo hubieran sabido, ver que al salir del templo, y al subir á su carruaje, el barón daba al cochero las señas de su casa y que faltando, por primera vez en su vida, á una cita amorosa, encerrábase en su gabinete y, por la primera vez, se contemplaba ante el espejo, y, por primera vez, advertía arrugas en su rostro y nieve en su cabeza.

E. Contreras y Cámara.

CANTAR

Es la esperanza una luz
que tiene vistosa llama,

y el corazón mariposa
que en ella quema sus alas.

E. B. Patier.

DE CASA

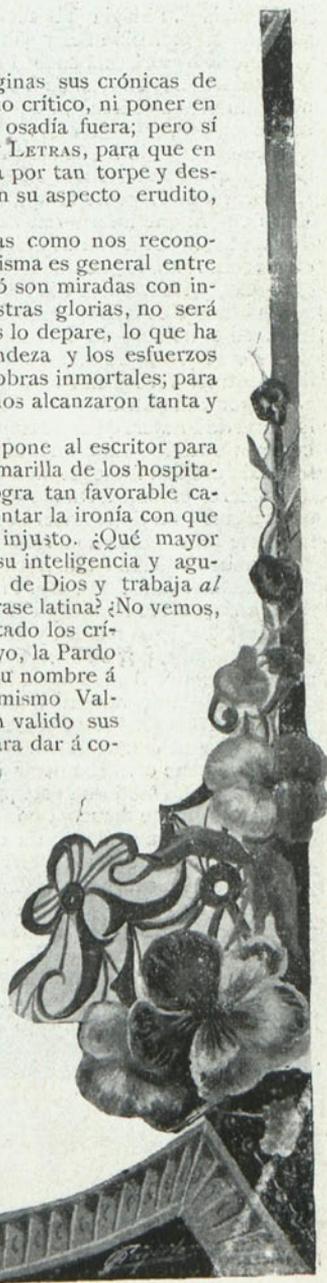
Con título *De Fuera*, publica *Clarín* en estas páginas sus crónicas de literatura extranjera. Ni pretendo anular al afamado crítico, ni poner en parangón mi pobre nombre con el suyo, que harta osadía fuera; pero si acceder con cariño á la súplica que me dirige ARTE Y LETRAS, para que en las páginas de este semanario repercuta, siquiera sea por tan torpe y desmañado vocero, el movimiento intelectual español en su aspecto erudito, de investigación y de reestampación literaria.

Si nuestra literatura ha tenido épocas tan gloriosas como nos reconocen todos los pueblos; si el desconocimiento de la misma es general entre nosotros; si nuestro pasado se alaba y no se cultiva ó son miradas con indiferencia las resurrecciones bibliográficas de nuestras glorias, no será trabajo perdido recordar, cuando la oportunidad nos lo depare, lo que ha producido el ingenio español en los siglos de su grandeza y los esfuerzos que se hacen por algunos para que no perezcan sus obras inmortales; para que se conozcan y divulguen las producciones que nos alcanzaron tanta y tan legítima gloria.

El nombre de *sabio* parece hoy una coraza que se pone al escritor para enajenarle la voluntad de los lectores; la bandera amarilla de los hospitales de apestados. Mucho acatamiento para quien logra tan favorable calificativo; pero á sus obras e *vade retro*. Esto, sin contar la ironía con que muchas veces se pronuncia tal nombre. Y nada más injusto. ¿Qué mayor garantía no ofrecerá el escritor que estudia y nutre su inteligencia y aguza su ingenio, sobre el que lo deja todo en manos de Dios y trabaja *al buen aùn tñn*, como dice la gente, estropeando una frase latina? ¿No vemos, acaso, que los autores de mayor amenidad han resultado los críticos de nuestros tiempos? Valera, Menéndez y Pelayo, la Pardo Bazán, *Clarín*, Octavio Picón, etc., etc., ¿no deben su nombre á la crítica tanto ó más que á los otros géneros? Al mismo Valbuena, con tantas deficiencias artísticas, ¿no le han valido sus estudios de humanista, más que otra cosa alguna, para dar á conocer y propagar su nombre?

Huyamos de los que se asustan de los sabios, por respeto ó ironía. Los sabios no son sino hombres como los otros, que han estudiado algo más que los otros una ó varias materias, y por esto mismo deben ser más considerados.

Amigo tengo yo, con buen instinto literario y muy modesto, que se descubriría ante el nombre de Menéndez y Pelayo, sin haberle leído, porque le consideraba superior á sus entendederas. Presté al indicado amigo el primer tomo de la *Antología de líricos castellanos*; le hice leer el segundo; y al devolverme el tercero, le había agradado en tales términos el estudio del Arcipreste de Hita, que no me ocultó el enojo por sus pasadas torpezas y timidez; y desde entonces, asiduo lector de Menéndez, propala que nada hay más claro que el estilo



de Menéndez, ni nada más fácil de entender que sus juicios, que muchas veces no son sino la expresión fiel y gallarda de lo presentado.

Viene la historieta á cuento como prefacio de estas revistillas literarias, para que mis lectores no rehuyan su lectura excusándose con que la erudición recomendada no les interesa. Cátenla, que no es ella desabrida ni ingrata, y da ciento por uno cuando *se ha hecho paladar*.

Y como no todo ha de ser preámbulo en esta crónica, bueno será meternos en harina, ya que la suerte nos ofrece obra de legítimo valer para nuestros comienzos. La librería de Eugenio Krapf, ha hecho una interesantísima reproducción de *La Celestina*, obra que informó nuestro teatro y nuestra novela, que dejó por las páginas de nuestra historia literaria una estela imborrable de imitaciones; que fué cerca de cien veces reimpressa en el siglo xvi, ya en España, ya en las más de las naciones europeas, y traducida en la misma centuria en distintas lenguas; obra española, en fin, que ha de colocarse después de aquella otra, genial y única, por la que se hizo inmortal el nombre de Cervantes.

Si *La Celestina* ha de arrumbarse por erudita y anticuada, ¡que Dios se apiade de nosotros! Vivo y con vida eterna está allí el tipo de la protagonista, trazado con vigor y maestría de que no hay ejemplos, y jamás llegó la penúltima escuela literaria de Francia que nos trajo la *experimentación* como base de la novela, á donde llegaron nuestros experimentadores, desde el Arcipreste de Hita hasta Quevedo. De la citada escuela francesa bien podemos decir nosotros que, como Dumas, nos ha descubierto el Mediterráneo en 1849. También de mí pudiera decirse lo mismo si á estas alturas me entretuviera en el elogio de *La Celestina*, donde el tipo más insignificante rebulle aún con vida oxigenada.

La nueva edición se ha hecho sobre la de Valencia de 1514, reproducción á su vez de la de Salamanca de 1500. Precede una advertencia del editor, y un estudio acerca de la obra, de Menéndez y Pelayo, brillante y erudito como todo lo suyo, por más que después de su lectura y no obstante el peso enorme con que el prologuista hace caer la balanza, por su autoridad, quedan aún en nuestro ánimo no pocas dudas acerca del autor ó autores de la peregrina obra. Al final del tomo II y último, se incluye una lista de variantes, nota de las ediciones de la obra; se reimprime la comedia *Pamphilus de Amore*, con una advertencia acerca de ella por Menéndez, todo lo cual es de mucha curiosidad.

¡Ah! y se me olvidaba decir á ustedes que lleva dos laminas preciosas; la antigua sobre todo. La moderna está publicada en *Blanco y Negro*. Cosa más moderna y del día, no puede darse ya por el editor en Vigo, Sr. Krapf, quien parece renovar entre nosotros la tradición de aquellos primeros alemanes que aquí trajeron ó desarrollaron la imprenta: los Virlant, Palmart, Spindeler, Kauffmann, Gherlint, Hagenbach, Leonardo, Gysser, Cromberger, Pablo de Colonia, etc., etc.

En el mismo último año del siglo pasado *La Celestina* ha sido de nuevo publicada por Foulché-Delbosc en su *Bibliotheca hispanica*, reproduciendo la edición de Sevilla de 1501, existente en la Nacional de París. No conozco aún reestampación, y me abstengo, por tanto, de formular juicio alguno sobre ella.

Tampoco puedo formularlo acerca de un arreglo de *La Celestina* para el teatro, la cual, en el pasado año, leyó *Zeda* á varios amigos, entre los cuales debí contarme. No fué, pues, el 1900 mal año para *La Celestina*. Y basta por hoy.

J. L. Estelrich.

—♦♦♦—

CANTAR

Tu desdén y mi cariño
parece que son hermanos:

juntos nacieron y crecen
conforme pasan los años.

Ubaldo Puche.



N. SYLVESTRE.—¡Salud!

Para un album

Á Magdalena Grilo.

Magdalena, renuncio con sentimiento á cantar donde cantan tus trovadores. ¡No sé hablar de las luces del firmamento, ni de los pajarillos, ni de las flores!

Así como hay poeta de pocos años que en placeres sin cuento gasta un sentido y después nos refiere los desengaños, amarguras y penas que no ha sentido,

yo, que llevo en el alma tristeza ignota, procuro conservarla siempre escondida y cantar sólo en tono de chirigota lo risible y lo bufo que hay en la vida.

Por eso, Magdalena, nada te digo; pues mi musa, que peca de retozona,

de seguro no quiere charlar contigo, porque á veces la pobre se desentona!

Aunque hacia ti mi pluma no tienda el vuelo, de su intención, que es buena, por Dios no dudes y escucha esta advertencia: cuando en el cielo goces un día el premio de tus virtudes, recita aquellos versos tan rebonitos del autor de tus días, que tú ya sabes, ¡y verás cómo gozan los angelitos y San Pedro, embobado, pierde las llaves!

Mas por hoy no me riñas si aquí no intento cantarte como todos tus trovadores.

¡No se me ocurre nada del firmamento, ni de los pajarillos, ni de las flores!

Juan Pérez Zúñiga.

BUENOS ARTISTAS

Con motivo de la reapertura del teatro Español, los periódicos echan de menos á María Guerrero y á Díaz de Mendoza, y piden que á la compañía que actúa en esta segunda etapa se la provea de elementos valiosos.

El empresario contesta que dónde están esos elementos, pues él los ha buscado, inútilmente.

Será que el Sr. Berriatúa no habrá querido encontrarlos, pues nos consta que hay por esos pueblos de Dios muchos y muy excelentes actores.

Sin ir más lejos, en Redondela existe un joven, sillero, que es una notabilidad en los papeles de asesino alevoso y emponzoñado.

Representando hace pocos días el papel de traidor en un melodrama, produjo varios accidentes nerviosos entre las señoras y causó otros daños de consideración.

Un niño, perteneciente á una de las principales familias de la localidad, se asustó de tal manera, que ha quedado tartamudo, y en cuanto le hablan del sillero comienza á

dar gritos y á querer esconder la cabeza debajo del delantal de la nodriza.

La empresa del Español debía enviar personas de su confianza á algunas otras poblaciones donde existen compañías de aficionados, para contratar á los que lo mereciesen.

Hay en Pancorbo una señorita, llamada Isidora, que se pone á hacer *Flor de*



un día, y conmueve á las duras piedras. ¡Cómo llora aquella mujer! ¡Cómo se mesa el cabello en las situaciones dramáticas! ¡Cómo gime cuando don Diego, desengañado del mundo, torna á América agarrado á su negro!...



Isidora se identifica con el papel hasta el punto de derramar llanto copioso, y casi siempre al final de los actos tienen que aflojarle el corsé y ponerle á ambos lados de la frente dos ruedecitas de patata para aliviar el dolor de cabeza.

Como galán superior, tenemos aquí en la calle del Salitre á un tal Sotero, parte obligada en todos los beneficios de *jóvenes desgraciados* que suelen celebrarse en el teatro de Tafia.

El es narigudo y tiene un lobanillo sobre una ceja, que le envilece algo, pero todo se le perdona al verle trabajar.

Pertenece, según dice, á la escuela realista; y haciendo el *Tenorio*, en Noviembre último, después de matar al Comendador Ulloa, fuese hacia D. Luis Mejía, que estaba arrimado al sofá de los deliquios amo-

rosos y le mordió en una oreja.

—¡Bravo!—gritó el público.— Eso es copiar la realidad.

Entonces Sotero, enloquecido por el aplauso, levantó á Mejía á pulso y lo arrojó contra una mesa.

*Como si fuera un harapo
que desecha un mercader.*

Créame el Sr. Berriatúa. Lo que sobran son cómicos

Luis Taboada.



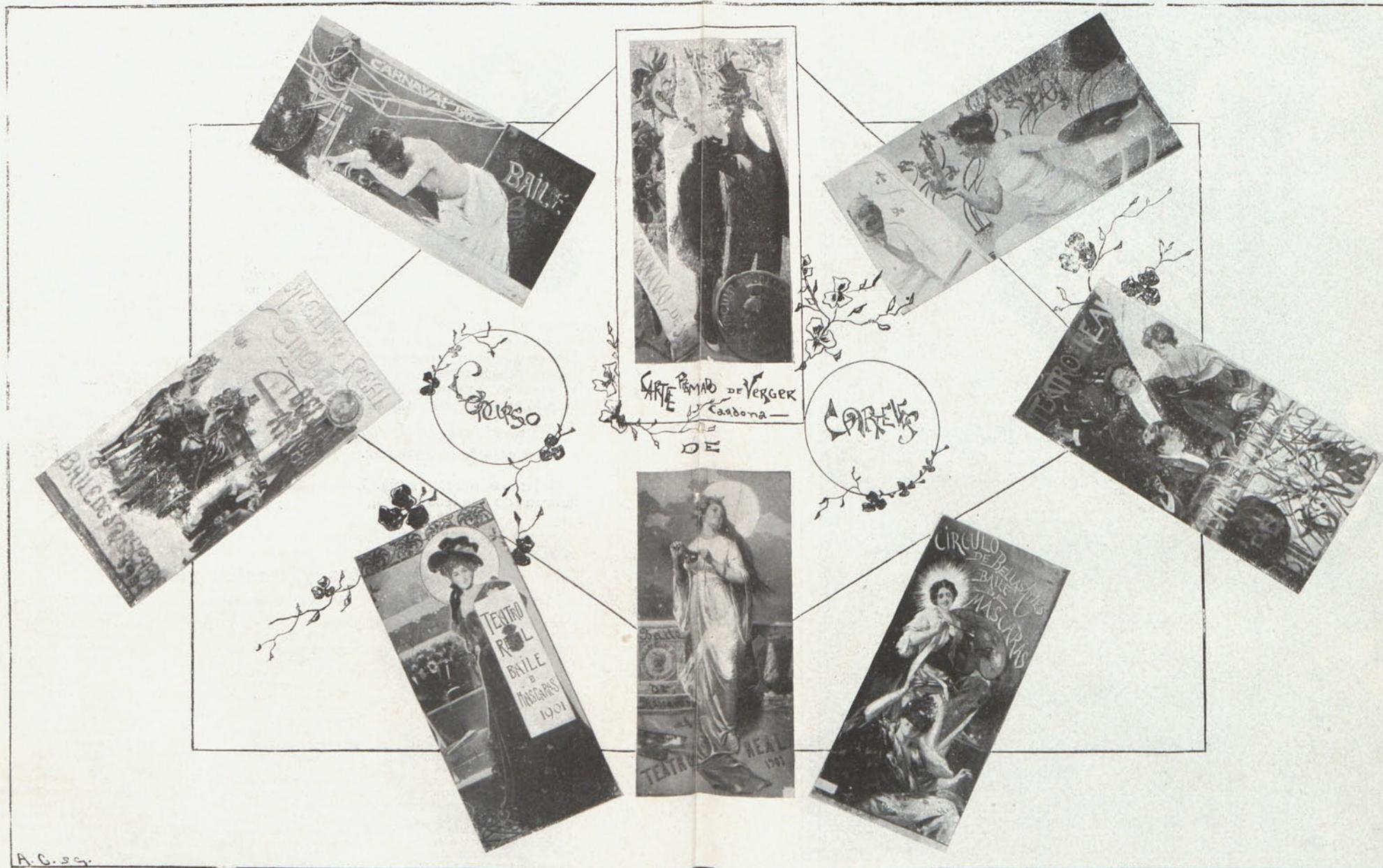
Parientes y trastos viejos...

Después de mil disgustos
y sinsabores
que harían á cualquiera
perder el seso,
uniéronse ante el cura
Paco y Dolores,
locos y enamorados
hasta el exceso.
La muchacha era bella
como una rosa,
de mirada brillante,
dulce, tranquila,
discreta, enamorada,
gentil, graciosa...
¡en fin, de lo poquito
que ahora se estilia!
Y el tal Paco era un mozo
guapo, arrogante,
dulce como el almibar
y enamorado
de la mujer hermosa,
tierna y amante
que Dios por compañera
le había dado.

Hubieran sido ambos
siempre dichosos,
porque no había entre ellos
riñas ni gritos,
y porque se querían
ambos esposos
como sólo se quieren
los tortolitos.
Pero fué á visitarlos
una mañana,
enviada sin duda
por el demonio,
una prima de Paco,
llamada Juana,
¡y allí acabó la dicha
del matrimonio!
Porque la tal primita,
que entró allí á saco,
sin dar á sus deseos
tregua ni pausa,
emprendió la conquista
del pobre Paco
con un empeño digno
de mejor causa.

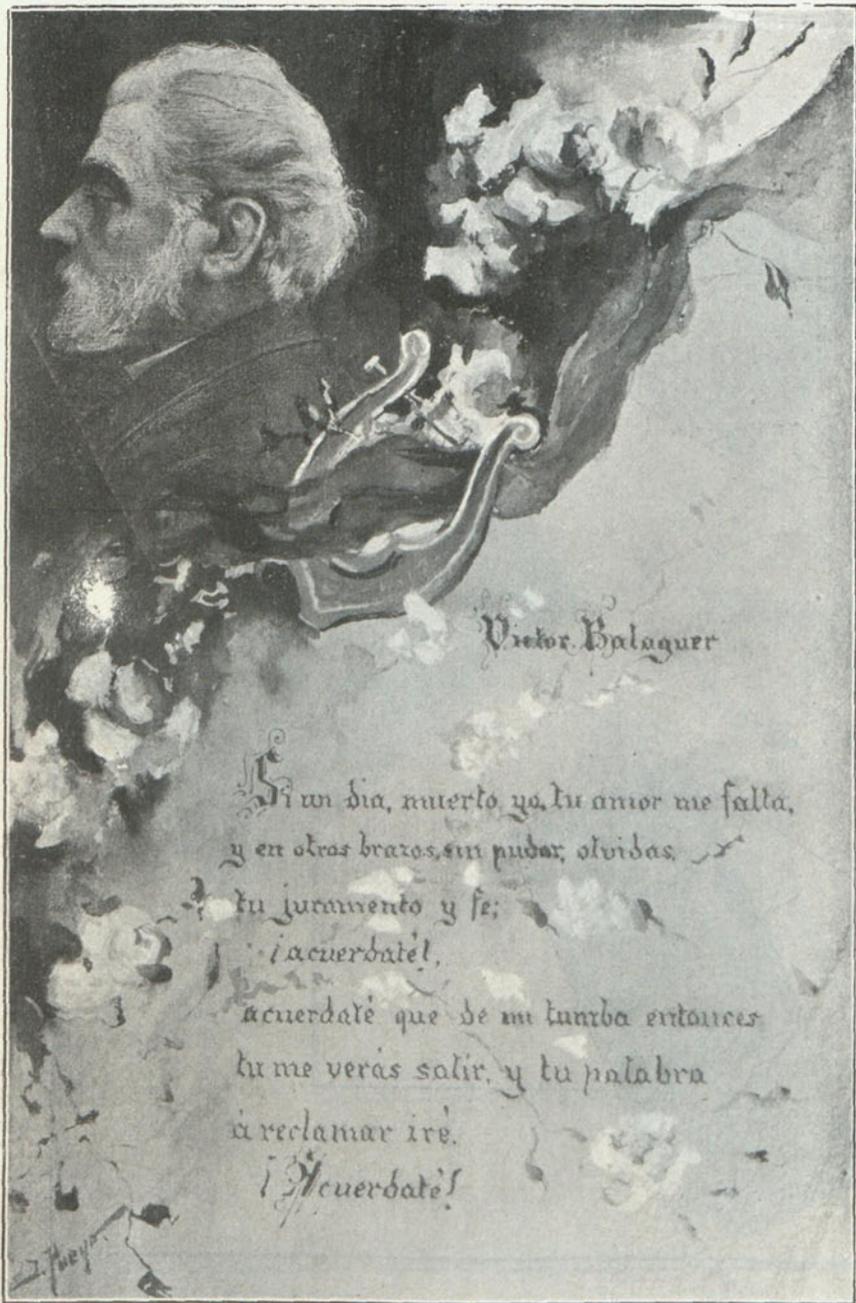
Y adiós, días felices,
y adiós, amores,
que de la casa huyeron,
¡naturalmente!
pues, como era del caso,
Juana y Dolores,
se tiraban del moño
diariamente.
De tal modo las cosas
se colocaron,
que, según referencias,
una mañana
los felices esposos
se divorciaron,
pero él, por no aburrirse,
¡se fué con Juana!
Quien quiera evitar tales
inconvenientes,
no olvide esta advertencia,
que es oportuna:
¡Procre siempre hallarse
de sus parientes
muchísimo más lejos
que de la luna!

Manuel Soriano.



Nuevos carteles presentados al concurso del Círculo de Bellas Artes.

(Fotografías de Campaña.)



Victor Balaguer

Si un día, muerto ya, tu amor me falla,
y en otros brazos, sin pudor, olvidas
tu juramento y fe;
¡acuérdate!
acuérdate que de mi tumba entonces
tu me verás salir, y tu palabra
a reclamar irá.
¡Acuérdate!

VÍCTOR BALAGUER

De los hombres de Estado que logran alcanzar elevadas posiciones en el mundo de la política, apenas si queda algo que perpetúe su nombre en las páginas de la Historia. Así es que de Balaguer, como Ministro de Ultramar, no queda nada más que su nombre al pie de unos cuantos millares de documentos oficiales que no influyeron ni poco ni mucho en la marcha y desarrollo de los acontecimientos de su época.

Pero es seguro que el nombre de Balaguer, como historiador, como novelista, y como poeta sobre todo, vivirá eternamente unido á los de aquellos insignes varones que forman la brillante pléyade de los escritores españoles que mayor reputación han alcanzado en la segunda mitad de la pasada centuria.

La *Historia de Cataluña*, uno de los trabajos más concienzudos y eruditos de Balaguer, es una obra que bastaría para inmortalizar su nombre. *Las calles de Barcelona*, otra de sus más estimables y celebradas producciones, revela su vasta erudición y su profundo conocimiento de la historia íntima de la capital del Principado.

Como dramaturgo no llegó nunca á merecer los honores de la celebridad. No obstante, obtuvo en el teatro señaladas victorias, que acaso bastarían para enorgullecer á cualquiera de las muchas medianías que imponen hoy su autoridad en los escenarios de los teatros de España. Sus dramas históricos *Don Juan de Serrallonga* y *Al pie de la encina* ponen de relieve sus envidiables aptitudes para cultivar con éxito la literatura dramática, en la que, de haber seguido cultivándola, hubiera llegado á ocupar un puesto preeminente.



Museo-Biblioteca Balaguer, en Villanueva y Geltrú.

Balguer, ante todo, fué un poeta lírico de altos vuelos. Cultivó con rara fortuna ese género de literatura, en la que son contados los que llegan á la categoría de *dioses mayores*, escribiendo muchos é ingeniosos versos en el idioma de su país natal, y contribuyó eficazmente al desarrollo y brillantez que en estos últimos tiempos ha alcanzado la literatura catalana, de la que era ferviente devoto, sin que en ello hubiera el más leve asomo de levadura *catalanista*; porque Balguer era un verdadero español y se enorgullecía de serlo, como no ha mucho declaró en un discurso pronunciado en Zaragoza; *pecado* que jamás le perdonaron los cuatro ilusos que á toda costa procuran mantener enhiesta la bandera del separatismo catalán...



En Francia, donde el ilustre muerto era muy conocido y estimado, se le llamaba el *Mistral* del Mediodía, y muchos de sus trabajos literarios, y singularmente sus versos, merecieron el honor de ser traducidos al idioma de Racine.

De su amor á las letras y de su desinterés por mantenerlo da patente testimonio el rasgo, creemos que sin precedente, de haberse desprendido de toda su fortuna para fundar la *Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú*, que lleva su nombre, donde se encierra todo aquello que se relaciona con la historia de Cataluña. Este hecho basta por sí solo para que el exelarecido nombre de Víctor Balguer viva en la memoria de todos sus contemporáneos y ocupe en la historia de la literatura nacional el preferente lugar que le corresponde.



El monumento á Cánovas

Ante el palacio del Senado, en cuya Cámara tantas veces repercutiera la voz del insigne estadista, elévase suntuoso monumento que perpetúa el recuerdo del notable político.

Una base circular de 8,56 metros de diámetro, sobre la que descansan doce cajoneras cubiertas de plantas de adorno, sostiene una columna en cuya plataforma anterior una estatua de bronce representa la Historia, que escribe en un libro los hechos más salientes de la vida del ilustre repúblico. Al lado de esta figura, otra, representando la Fama, eleva en su mano una corona que toca el nombre de Cánovas grabado en la piedra. La plataforma posterior presenta un trofeo en bronce, alegórico de la Patria. Entre ambos grupos elévase un cilindro que sostiene la estatua del insigne estadista. De bronce, extendido el brazo derecho como para dar más expresión á algo que pronuncian sus labios, refléjase en aquella efigie la firmeza que fué un distintivo de D. Antonio Cánovas.

La altura total de tan hermoso monumento es de 16 metros.

Su arquitectura es obra, teórica y prácticamente, del arquitecto Sr. Grases.



Romero Robledo.

La parte escultórica es un galardón para el notable artista sevillano D. Joaquín Bilbao.

La iniciativa de tal homenaje á Cánovas del Castillo, cuya fama se hizo uni-



Monumento á Cánovas.

(Fotografía de nuestro redactor artístico Sr. Candela.)

versal, débese á D. Francisco Romero Robledo, cuya perseverancia habrá logrado íntima satisfacción al ver cumplido su más ferviente deseo.

A él debemos ese recuerdo de las glorias parlamentarias del primero de los paladines de la política conservadora.



SALVADOR VINIEGRA

Nadie habrá que haya olvidado el gran triunfo que obtuvo hace algunos años el hermoso cuadro *La bendición de los campos*. La tranquilidad que respiraba todo él, unido á su mucha poesía, hacían que el admirable lienzo sugestionase, llamando de tal modo la atención del público que, repercutiendo en el Jurado, le valió la primera medalla que todos sabemos.



Salvador Viniegra es muy personal pintando; trata los asuntos de la tierra de María Santísima con todo el entusiasmo de quien ha nacido en ella.

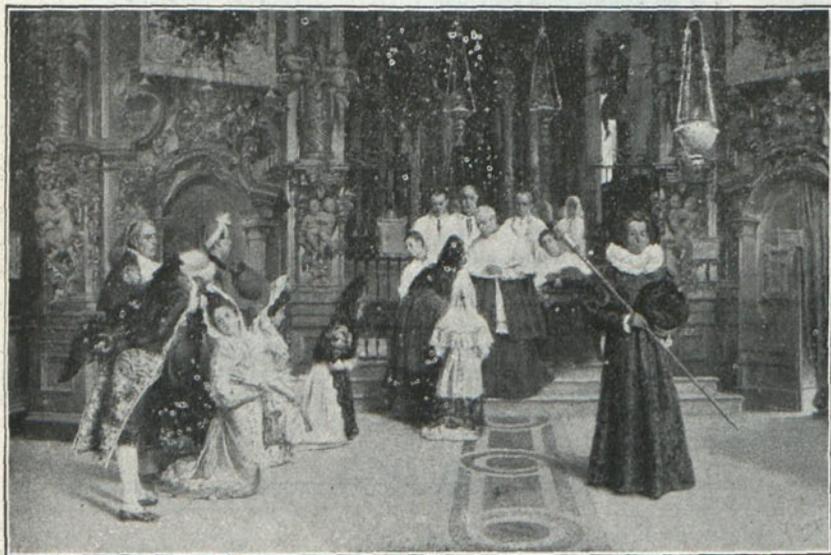
En la última ó penúltima Exposición (no recuerdo bien) tenía otro cuadro, también del género de *La bendición de los campos*, que como asunto y composición era una preciosidad: se titulaba *La romería del rocío*, y estaba admirablemente interpretado y con mucho carácter; lástima que la entonación fuese fría y que aquella veladura gris le cristalizase, por decirlo así, y le hiciera parecer más propio de los países del Norte que de Andalucía.

Esto es, según mi modesto parecer, lo que perjudicaba á aquel cuadro y lo que le quitó la recompensa que de no ser así hubiera obtenido: buena prueba es que en el extranjero, en donde están más acostumbrados á esas neblinas, creo que ha sido premiado.

Por lo demás, á Viniegra todos le consideramos como un artista de reputación merecida y con estilo propio, que no es poco.

Aunque no es de mi incumbencia el otro aspecto de Viniegra, voy á entrar en él. D. Salvador es también músico; ha estrenado con éxito varias obras, entre ellas *Los garrochistas*, y en esto ya me parece algo menos modesto que en pintura, aunque creo que sin razón, porque, salvo mejor opinión, vale más pintando; hay algo en su música de wagneriano y... en fin, me callo, no vaya alguien á decirme aquello de «zapatero á tus zapatos».

José Pueyo.



EL MARQUES DE VALMAR

No los altos puestos públicos que desempeñara le hicieron eminente, ni su labor constante en la Academia le hizo grande, que la grandeza la hubo de conquistar por su sabiduría, por su talento, por la bondad de su alma generosa.

Para demostrar esa bondad, que hablen los que de él recibieron favores á manos llenas; para demostrar su talento, ahí están las notas críticas con que ilustró *El cancionero de Baena* y las *Cántigas del Rey Sabio*, aparte del drama *Doña María Coronel* y el *Estudio de los poetas líricos del siglo XVIII*; para demostrar su sabiduría, ahí está Menéndez y Pelayo, quien tenía al Marqués de Valmar por maestro, consultándole cosas que el ilustre sabio ignoraba ó no conocía con certeza.

Y ¡qué será lo que ignore Menéndez y Pelayo!

Tales condiciones diéronle una autoridad grandísima entre los eruditos, y diéronle también el cariño, el respeto y la admiración de cuantos le tratamos.

En su casa de la calle de Cervantes reunía hace algunos años á gente de letras, y por su salón de azulejos, alhajado con tanta riqueza y arte, desfilaron las primeras personalidades de la literatura, de la política, y todas ellas algo tenían siempre que aprender de aquel hombre privilegiado, pues á su erudición unía una forma de expresión tan agradable, tan simpática, tan sugestiva, que convenecía y convenciera hasta dando por verdad el error evidente.

El Marqués de Valmar fué un caballero; hizo el bien; perdonaba el mal que le hicieron, y, como Cristo, se dejaba hacer mal nuevamente. Esta es su fotografía moral.

Cuando lo vi en la caja negra, de terciopelo, con el cuerpo rígido, los ojos cerrados, cubriendo sus blancos cabellos la capucha del franciscano, pensé en un santo, en un hombre de otros tiempos que no conocimos para malaventura nuestra, en un hombre que muere sin odios ni rencores para nadie, que ama á todos y que de todos se despide para el largo viaje con amorosa sonrisa; tal era la expresión seráfica del rostro del venerable Marqués de Valmar.

Fué D. Leopoldo Augusto de Cuelo un hombre de otra época. Aquella legendaria caballerosidad castellana estaban en él, vivían en él, hoy que ya va desapareciendo, como él mismo dijo en un hermoso soneto:

..... que en la patria mía
ya no hay ni Sanchos ni Quijotes.

El gran poeta Núñez de Arce el día del entierro saludó á las desoladas hijas del Marqués, diciéndoles que el país había perdido á uno de sus hijos más ilustres, y es cierto; pero hay que agregar que la sociedad ha perdido un caballero, la ciencia un prestigio y sus amigos un alma grande y noble.

Vicente Casanova.





MEYER VON BREMEN. ¿Ves qué bonito?

Figuras de la Historia



Newton

Este ilustre sabio inglés, nacido en 1642, en Wols-trop, ocupa uno de los primeros puestos entre los grandes matemáticos, físicos y astrónomos de los tiempos modernos. Desde muy joven demostró una admirable aplicación en el estudio y una decidida inclinación para las ciencias exactas. Estudió primeramente en la Universidad de Cambridge, donde tuvo por profesor de matemáticas al ilustre doctor Barrow, á quien no tardó en adelantar como geómetra, verificando, antes de los veintitrés años, dos de sus más grandes descubrimientos científicos: el binomio que lleva su nombre, y cuya regla había sido ya dada por Pascal, y el cálculo infinitesimal.

En 1665, y por el hecho, de todos conocido, de ver caer una manzana, concibió en Wolstrop la primera idea sobre la gravitación universal y el sistema del mundo, descubrimiento brillantísimo y fecundo, sobre el cual se han apoyado todos los posteriores conocimientos en mecánica celeste.

En 1669 reemplazó al profesor Barrow, en Cambridge, donde explicó un curso de Optica, en el cual expuso ideas absolutamente nuevas sobre esta rama de la Física.

En 1672 fué admitido en la Sociedad Real de Londres; pocos años después le elegían como correspondiente en la Academia de Ciencias de París, y la propia Academia de Londres le eligió Presidente en 1703, cargo que ejerció hasta su muerte.

Tiene la gloria de Newton, como solidísimo fundamento: 1.º, la descomposición de la luz y el descubrimiento de las principales leyes de la Optica; 2.º, el conocimiento de la gravitación universal, propiedad en virtud de la cual todos los cuerpos se atraen en razón directa de su masa é inversa del cuadrado de las distancias. Explicó, al mismo tiempo, basado en esta ley única, el movimiento de los planetas alrededor del sol, el de la luna alrededor de la tierra, el curso de los cometas y el flujo y reflujo de los mares, debiéndole, además, una porción de soluciones particulares y de teorías matemáticas, tan notables por su elegancia como por su exactitud.

Reconócese en Newton una admirable paciencia para el trabajo: cuando alguna vez se le preguntaba cómo había verificado tan grandes descubrimientos, respondía invariablemente:—*Pensando siempre en ellos.*

M. N. Bouillet.



Sueños de Gloria, por Cayuela.

Tipografía Moderna, Espiritu Santo, 18, Madrid.